

¿Eternos? No precisamente los imperios (I)

La historia enseña que todos nacen, florecen y colapsan

Por **EDUARDO MONTES DE OCA**

QUIZÁS el hecho mismo de que la existencia humana semeje un pestañazo en el turbión del tiempo contribuya de destacada manera a que pensemos eternas nuestras circunstancias. “Lo mío como imperecedero” devendría la defensa subconsciente ante la dura finitud. ¿Y la memoria histórica? ¿La irrefutable prueba del cambio imparabile? Solo quien la persigue incansable en anales y en la lectura del libro de la vida puede hacernos ver cosas como la suerte de ley del nacimiento, el florecer y la caída de todos los imperios que en el mundo han sido.

Uno de estos “gurúes” resulta el connotado profesor noruego Johan Galtung, sociólogo y matemático nominado al Premio Nobel de la Paz de 2017, el que, en entrevista realizada por el académico e investigador británico Nafeez Ahmed y traída a colación por Alfredo Jalife-Rahme, columnista del diario mexicano *La Jornada*, quiebra los esquematismos de quienes aún confían en las aparentemente saludables arcas del Tío Sam y se dejan llevar por la fanfarronería de Washington sobre sí y sobre otros. Los Estados Unidos van a colapsar en el año 2020 y su “poder declinará aún más con Trump”, considera el experto de modo rotundo.

Base de sus asertos, el modelo de Galtung consiste en la llamada teoría de sincrónicas contradicciones mutuamente reforzadas, sustentada en la comparación del auge y el desbarranco de 10 de los aludidos emporios. Y la quintaesencia radica en que, mientras más se ahondan esas discordancias, hay más probabilidades de que deriven en una crisis integral que transforme drásticamente el orden vigente.

Aunque el escandinavo comenzó a escribir al respecto en 1996, fecha en que el Instituto de Análisis del Conflicto y la Resolución, de la Universidad George Mason (EUA), le publicó un reporte científico luego borrado de la red, la construcción intelectual alcanza su madurez en la obra, de 2009, *La Caída del Imperio Estadou-*

nidense: ¿Qué Sigue?, donde, precisa Ahmed, “señala unas 15 enormes sincrónicas contradicciones mutuamente reforzadas que afligen a EE.UU., lo cual llevará al fin de su poder global en el 2020”, posiblemente no sin antes atravesar una fase de fascismo reaccionario, alimentado por la capacidad de una gigantesca violencia global, la visión del excepcionalismo como el país óptimo, la creencia en la próxima conflagración postrera entre el bien y el mal, el culto al Estado poderoso que encabeza dicha lucha maniquea, y al líder omnipotente. Todo, una reactiva arremetida fruto de la pérdida de ascendencia.

De los susodichos 15 contrasentidos estructurales que signan el anunciado fin, el catedrático del Reino Unido entresaca los que siguen: económicos –sobreproducción en relación con la demanda, desempleo y aumento de costos por el cambio climático–, militares –progresivas tensiones entre EE.UU., la OTAN y sus aliados castrenses, con la creciente insustentabilidad de sus guerras–, políticos –papeles conflictivos de Norteamérica, la ONU y la Unión Europea–, culturales –tensiones religiosas con el islam y otras minorías–, y sociales –cada vez más profunda degradación del sueño estadounidense: el criterio de que cualquiera puede prosperar gracias al trabajo arduo.

Como señales de que la incapacidad intrínseca para resolver tales entuertos conducirá al desgajamiento del vigor político de USA a escala global, el excandidato a Nobel muestra ciertas paradojas de Donald Trump en la esfera marcial. Con respecto a Irak, mientras por un lado el magnate convertido en mandatario ha criticado la intervención de su país, por otro, considera que este debió haberse apropiado del petróleo de la nación mesoriental, lo que dizque no se trataría de un robo, sino del reembolso por la inversión bélica en 1.5 millones de millones de dólares.

Si atisbamos en el plano interno, Trump ha prometido deportar a 11 millones de inmigrantes ile-

gales, levantar –más bien extender– un muro en la frontera con México, y prohibir la entrada de musulmanes. A más de que, en lugar de ofrecer una oportunidad para eludir conflictos con grandes rivales, tales Rusia y China, el Presidente se obceca, “en forma estúpida”, en proclamar más “guerras unilaterales” y empeorar las tensiones con las minorías. Para Johan Galtung, acota la cita que de Ahmed realiza Jalife-Rahme, “las incoherentes propuestas políticas de Trump son evidencia del mayor declive estructural del poder de EE.UU.”.

La debacle del Imperio se prefigura en sucesos como el que las élites de la periferia no dejen trabarse en más batallas de Norteamérica y ser explotadas por el centro. Y el que se mantiene en vilo la propia permanencia de la OTAN, si no paga sus adeudos a un mandamás que podría optar por tomar las de Villadiego del bloque atlántico, abocado en ese caso a la desaparición, que carcomería a la par el influjo –utilicemos un eufemismo– de los Estados Unidos a nivel planetario, y presumiblemente haría añicos su cohesión interna, con el ascenso de los supremacistas blancos y los soñadores de la Unión transformada en una confederación.

Bien subraya el articulista de **La Jornada**: aunque Galtung no se declara pesimista y, por el contrario, aduce vislumbrar la inevitabilidad de la bancarrota a guisa de una excelente “oportunidad para la revitalización de la República estadounidense, caracterizada por su dinamismo, su apoyo a los ideales de libertad, su productividad y creatividad, y su cosmopolitismo hacia los otros”, el rotativo **The Independent** se apresura a anteponer al perito europeo la perspectiva diametralmente opuesta de Xenia Wickett, directora del programa EE.UU. y las Américas en el *think tank* Chatham House. Ella desecha olímpicamente las anteriores aseveraciones, ya que “EE.UU. es un poder global por varias razones. Ostenta la mayor fuerza militar en el mundo, tiene el más robusto poder blando en términos de sus universidades, en términos de sus empresas y en términos del alcance de sus multimedia. Todavía es la mayor economía en el mundo. La idea de que cualquiera de estas cosas cambiará en los próximos años está fuera de la realidad”.

¿Objetividad de la intelectual, o simple mirada ideologizada y anhelante de convencer a cualquier precio a las muchedumbres? Coincidamos con Jalife-Rahme en que “es muy discutible la infatuación de Xenia Wickett. Sin contar la resurrección militar de Rusia, en los próximos tres años China desplazará a EE.UU. como la máxi-

ma superpotencia geoeconómica. Tres años se encuentran a la vuelta de la esquina y alguien se va a equivocar. Lo sabremos muy pronto...”.

Los aliados se “amotinan”

Por intermedio de la agencia noticiosa **Reuters**, Christopher Aluka Berry nos depara la reseña de un artículo pergeñado para **Russia Today (RT)** por Sreeram Chaulia, decano de la Escuela Jindal de Asuntos Internacionales, en la ciudad de Sonipat (India). Con apodíctico tono este escribe que el acuerdo firmado entre Rusia y Turquía acerca de los suministros de sistemas antiaéreos S-400 supone “un revés para el bloque militar estadounidense de la OTAN”. Lo cual en buen romance significa que los conjurados ya no lo son tanto, o que están procurando no serlo. Sucede que “Trump ha llevado a la OTAN a un ‘punto de crisis’, y ahora hay ‘una ola de aliados que optan por la autonomía en vez de por la dependencia asfixiante’”.

Conforme al concedor, a pesar de los desacuerdos y las tiranteces, hasta hoy ningún Estado miembro había roto “la norma no escrita” de evitar la cooperación estratégica de defensa con Rusia. Que el presidente Erdogan “pudiera contemplar una iniciativa tan audaz y socavar la lógica antirrusa inherente a la OTAN” dice mucho sobre “cuán dramáticamente EE.UU. está perdiendo su control sobre sus aliados”.

Para el analista, “el capitán a cargo”, Donald Trump, representa el máximo culpable de que el bloque se halle en ese punto, pues en breve tiempo en el Despacho Oval ha conseguido “deconstruir una estructura internacional de confianza y fe cuidadosamente construida” desde la Segunda Guerra Mundial. En cuanto a Ankara, la decisión *trumpiana* de suministrar directamente armas a los kurdos sirios en mayo de 2017, así como la falta de avance en la demanda de extraditar al clérigo Fetulá Gulen, acusado de actividad antigubernamental, “han amortiguado las esperanzas iniciales de que la nueva Administración estadounidense sería afin”, afirma Chaulia.

Por otra parte, “las investigaciones legales en curso y los cargos contra los guardias de seguridad y los políticos turcos en el sistema de justicia estadounidense han añadido leña al fuego”. Y en respuesta a “tales desprecios y amenazas”, un estadista “atrincherado y grandilocuente como Erdogan opta por buscar nuevas alineaciones para dar a EE.UU. una enseñanza”. La compra de los cohetes “es una réplica en la cara de Trump”, que daba por sentada la lealtad de Turquía. (Continuará...)